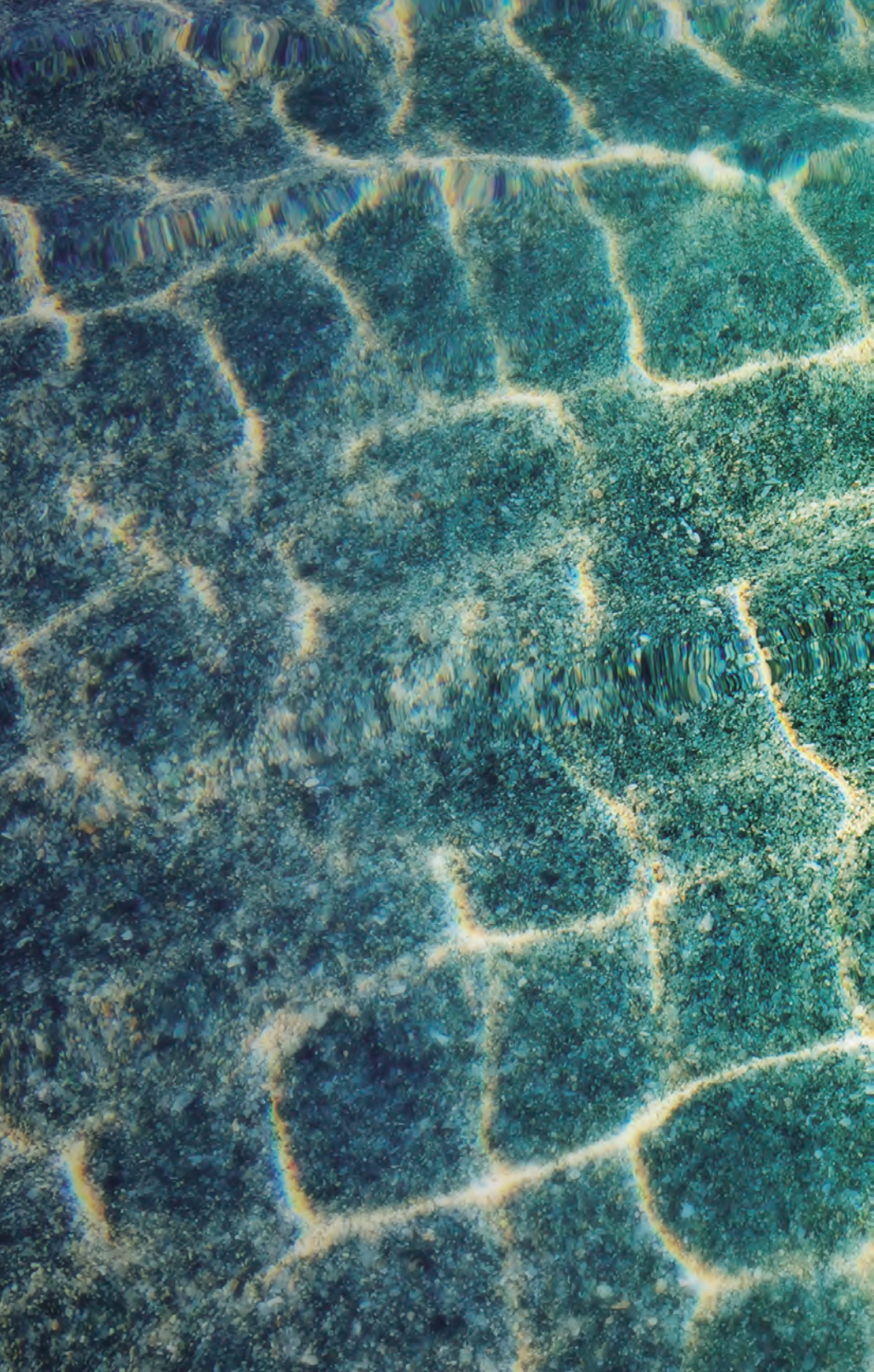


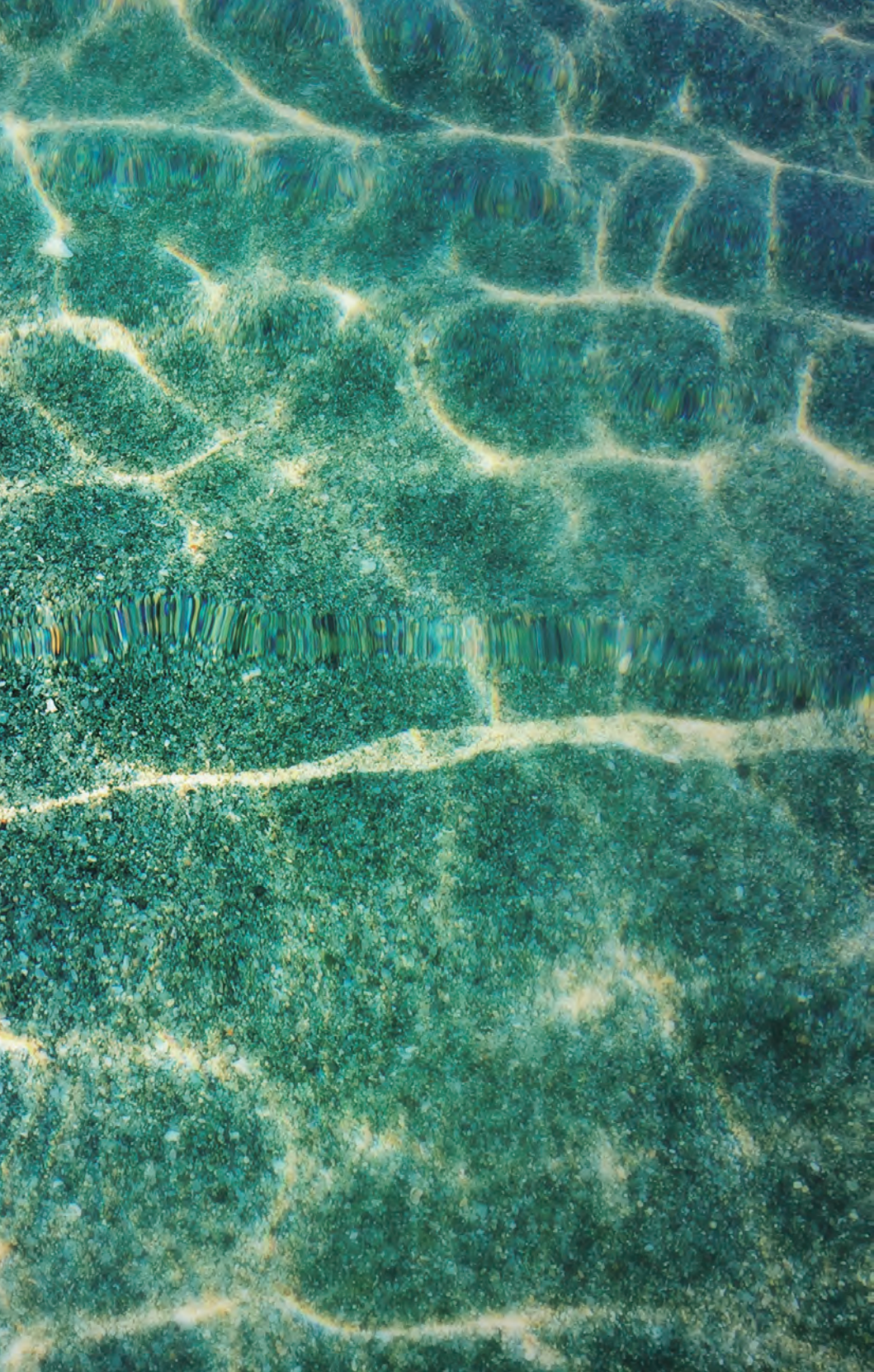
HENRYK SKOLIMOWSKI

LA MENTE PARTICIPATIVA



ATALANTA







MEMORIA MUNDI

ATALANTA

104



HENRYK SKOLIMOWSKI

LA MENTE PARTICIPATIVA

UNA NUEVA TEORÍA DEL UNIVERSO
Y DEL CONOCIMIENTO

PRÓLOGO

JORDI PIGEM

TRADUCCIÓN

JUAN ARNAU Y SU LLEÓ



ATALANTA

2016

Encubierta: Walter Chappell, *Pregnant Arch*. © Walter Chappell Archive
En guardas: © Inka Martí. *Water li*

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Participatory Mind: A New Theory of Knowledge and of the Universe*

© Henryk Skolimowski

© De la traducción: Juan Arnau y Su Lleó

© Del prólogo: Jordi Pigem

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-945231-6-8

Depósito legal: Gi.-1.155-2016

Índice

Prólogo

17

Prólogo a la edición española

27

Introducción

33

1. La mente participativa

1. Mente y vida

45

2. De la mente de las amebas a la mente de Einstein

51

3. Sensibilidad-conciencia-mente

55

4. Un nuevo concepto de persona

63

5. La mente como realidad: el monismo noético

72

2. La mente en la historia

1. Empiristas y racionalistas: diferentes puntos de vista sobre la mente

85

2. De la metodología de la paloma a la mente cocreativa

92

3. Karl Popper: una liberación parcial del positivismo

102

4. Los tres proyectos occidentales

110

3. La espiral del conocimiento

1. La ontología y la epistemología: una relación circular
125
2. Las paredes del cosmos y la espiral de la mente
129
3. ¿Es estable nuestra imagen del universo?
134
4. La peculiaridad del proceso del entendimiento
137

4. La historia de la complejidad de Teilhard: su belleza y su esencial imperfección

1. El legado de Teilhard
145
2. ¿Es el gradualismo una ideología o una teoría científica?
149
3. La tesis de la simplicidad/comprensión
156

5. Los cuatro grandes ciclos de la mente occidental

1. Recapitular nuestra postura
165
2. De los tormentosos héroes de Homero
a la lucidez de Platón
174
3. De la caída del Imperio romano a la construcción
de la catedral de Chartres
181
4. El Renacimiento: la civilización que no lo fue
186
5. Los motores del *mechanos* alcanzan la nueva civilización
191
6. El *telos evolutivo* emerge como un nuevo *logos*
198

6. La metodología de la participación y sus consecuencias

1. La mente objetiva y sus problemas
207

2. La metodología de la participación como alternativa
a la metodología de la objetividad
212

3. Programas de investigación participativa
221

4. Estrategias participativas
225

5. El pensamiento participativo
232

6. La sensibilidad de la materia
240

7. Estructuras, símbolos y evolución

1. Las estructuras y el progreso de la evolución
249

2. El origen de las estructuras
255

3. Los símbolos en la evolución del hombre
259

4. Los símbolos dominantes en el budismo,
en el hinduismo y en el cristianismo
264

5. El conocimiento científico y sus símbolos enigmáticos
274

6. La mente como creadora de símbolos
282

8. La espiral individual del conocimiento

1. Nuestra individualidad y universalidad
289

2. El dolor del devenir
290

3. La verdad personal
295
4. El sentido de la transformación
305
5. La espiral del conocimiento y la meditación
313
6. La fábula de los dos hemisferios del cerebro
316
7. Un modelo del yo integrado
320
8. La mente participativa y el espacio de gracia
326

9. La espiral universal del conocimiento

1. Culturas, espirales y perspectivas diferentes
337
2. Cerebros, mentes y ordenadores
349
3. Interaccionismo y la mente participativa:
el registro histórico
355
4. Algunos precursores de la mente participativa
360
5. Los peligros del subjetivismo
363

10. La verdad participativa

1. La teoría de la correspondencia
373
2. La teoría de la coherencia de la verdad
380
3. La verdad participativa
385
4. La verdad participativa como búsqueda
de la completitud del universo
392

5. La verdad es consecuencia del contexto participativo
396

11. La gran teoría en clave participativa

1. El regreso de la gran teoría
405
2. Experiencias significativas
411
3. Experiencia y conocimiento
417
4. De nuevas iluminaciones a nuevas realidades
419
5. El eje de la realidad y el eje de la meditación
423
6. El conocimiento como poder y
el conocimiento como liberación
428

12. La promesa de la filosofía participativa

1. La filosofía como búsqueda de una forma de vida en la gracia
435
2. De la filosofía perenne a la filosofía científica
441
3. Filosofía con coraje
446
4. La filosofía participativa
451
5. La ética participativa
454

Notas

469

Índice onomástico

481

Agradecimientos

 Mi especial gratitud a Susan Gorka, por sus dibujos de las figuras 1, 2 y 3 del capítulo 7; a Pierre Le Neuve, por las fotografías reproducidas en las figuras 4 y 5 del mismo capítulo; y a Christie's de Londres (foto: Biblioteca de Arte Bridgeman), por la fotografía reproducida en la figura 6 del mencionado capítulo 7.

Este libro está dedicado a Heráclito, a Anaxágoras,
a Pierre Teilhard de Chardin y a todos aquellos que se
toman en serio la evolución

Con el empleo a lo largo de este libro del término «hombre», se alude obviamente al concepto de «persona». El uso tradicional hace que resulte más natural decir «el hombre es un animal racional» que «la persona es un animal racional».

Prólogo

Las viejas narrativas se derrumbaron y todavía no ha emergido una nueva. La ciencia explica muchas cosas, pero no nos da una visión del mundo completa y coherente que contribuya a dar sentido a nuestras vidas. La ciencia del siglo xx presuponía que somos el mero resultado de combinaciones accidentales de átomos en un universo sin sentido. Algo que, intuitivamente, casi todos sabemos que es falso. Lo sabemos intuitivamente y lo vamos corroborando a medida que emerge un nuevo paradigma científico, holístico y posmaterialista. Pero este nuevo paradigma todavía no ha generado una nueva narrativa suficientemente completa, capaz de orientarnos acerca de quiénes somos y qué hacemos aquí, en el mundo. Porque esa tarea no corresponde a la ciencia, sino a la filosofía.

Pero la filosofía contemporánea parece que se ha resignado a la ausencia de visión global y de sentido. Buena parte de la filosofía del último medio siglo ha sido un chapotear en la ciénaga del nihilismo. Un tumbarse en el

desierto del absurdo para acabar engrosando sus arenas. Parecería que, después de Nietzsche, toda filosofía camina hacia allí. ¿Toda? No. Como los irreductibles galos de Astérix, sigue habiendo filósofos, de Albert Schweitzer hace un siglo a Hubert Dreyfus en nuestros días, convencidos de que una de las mayores necesidades del mundo contemporáneo, si no la mayor, es que emerja una nueva visión del mundo que nos aporte una narrativa coherente y plena de significado. Pero una cosa es diagnosticar una carencia y otra, mucho más ardua, trabajar para sanarla. Y aquí es, precisamente, donde la trayectoria de Henryk Skolimowski destella como un repentino relámpago en la oscuridad.

La voluntad radicalmente innovadora de Skolimowski queda patente en una reciente miniautobiografía, que arranca así:

Tuve la desdicha de nacer en la mediocre Polonia en el período de entreguerras (1930). Luego hube de padecer las hondas y flechas [*slings and arrows*, hamletianamente] de la ocupación alemana y de la dominación comunista.

Debería haber quedado sepultado en mi mocedad por la polvareda de la historia. Pero de algún modo sobreviví e hice de la necesidad virtud. Admiré las *Vidas* de Plutarco e intenté seguir el camino de la elevada dignidad.

Habiendo recibido el impacto de las hondas, no me amedrentó desafiar los dogmas incuestionados de la filosofía y de la ética. Mis horizontes son hoy estrellas distantes, y mi guía, la Luz que las rodea.

Nacido en la Varsovia de 1930, Henryk Skolimowski inició su carrera inmerso en la gran escuela polaca de la lógica (una de las más importantes de la época, con filósofos de la talla de Lukaszewicz y Tarski), se doctoró en Oxford en 1964 y durante tres décadas fue profe-

sor de filosofía en Los Ángeles (Universidad del Sur de California) y en Ann Arbor (Universidad de Michigan). Fue también «filósofo residente» en dos lugares vinculados a proyectos visionarios: Arcosanti (en el desierto de Arizona) y Dartington (en el lluvioso suroeste de Inglaterra). Tras una primera obra, ya en inglés (*Polish Analytical Philosophy*, 1967), acerca de la filosofía analítica polaca, Skolimowski empezó a desarrollar una «eco-filosofía» que se articula en los años noventa con *Living Philosophy: Eco-Philosophy as a Tree of Life* (1992)* y con la obra que aquí presentamos: *The Participatory Mind* (1994).

En 1984, en la primera página de su obra *The Theatre of the Mind*, Skolimowski expresaba así el porqué de la filosofía:

¿Por qué la filosofía debería hoy interesar a alguien? Porque sin filosofía vivimos mutilados. La necesitamos para respirar. [...] La filosofía es una forma de oxígeno que sostiene todo nuestro pensamiento. Siempre hay alguna forma de filosofía en el tronco de nuestro pensamiento, lo sepamos o no. Pero hoy, lamentablemente, muy a menudo se trata de una filosofía mutiladora [...].

La invocación de una nueva filosofía es en realidad la invocación de un nuevo fundamento de nuestro ser, de un nuevo aire que podamos respirar no con nuestros pulmones sino con nuestras mentes, corazones y almas.

No es ocioso recordar que la admirada ciencia moderna se concibió en las entrañas de la filosofía europea. En su juventud, la ciencia se llamaba «filosofía natural», orgullosa de pertenecer al linaje de Platón y Aristóteles.

* De próxima aparición en Atalanta.

Newton no se dedicó a la física, sino a la *Philosophiæ naturalis* que perdura en el título de su obra magna. La palabra «científico» (*scientist*) no apareció hasta 1840, y un cuarto de siglo después Faraday (creador del concepto de campos de fuerza e inventor de la dinamo) todavía rechazaba el feo neologismo: él era un buen filósofo natural como los de siempre. Podemos decirlo con una fórmula (simplificadora, como todas):

Platón + Descartes = Newton + x

Más simplemente todavía:

Filosofía = ciencia + x (Y la x es lo que aquí importa.)

Skolimowski, decíamos, diagnostica la necesidad de un nuevo tipo de filosofía al que llamará *ecophilosophy*, ecofilosofía o filosofía ecológica. La ecología es una disciplina científica: estudia las relaciones de los organismos entre sí y con su entorno, y en un mundo como el nuestro de crecientes desequilibrios ecológicos difícilmente se encontrará una ciencia que sea más urgente desarrollar. Pero Skolimowski está convencido de que no basta con una ciencia ecológica: también es necesaria una filosofía ecológica. Cabe señalar que Skolimowski no es el único que siente tal imperativo. Otro nombre con el que se ha designado el horizonte de una filosofía ecológica es *ecosofía*, término dado a conocer en 1972, de manera simultánea e independiente, por el noruego Arne Naess (en una conferencia en Budapest) y por Raimon Panikkar (en sus clases en la Universidad de California en Santa Bárbara), y empleado también más tarde por Félix Guattari. Pero, entre ellos, el único que convirtió la

filosofía ecológica en el tronco central de su obra es Arne Naess (1912-2009), fundador de la *deep ecology* o ecología profunda. Naess, al igual que Skolimowski, comenzó su carrera en el marco de la filosofía analítica (fue en su día el miembro más joven del Círculo de Viena), para luego ir dejando atrás el racionalismo que la caracteriza y ampliar su mirada hasta incluir los sistemas filosóficos de Oriente. Pese a que el pensamiento de Arne Naess es más conocido, el de Henryk Skolimowski es más ambicioso y rompe de manera más clara con los presupuestos del pensamiento occidental, por ejemplo en el terreno epistemológico. Skolimowski se dio cuenta de que para devolver la vida a la filosofía, y para introducir en ella el mundo radicalmente holístico de la ecología, había que transformar nuestra concepción de la mente y del conocimiento. De aquí surge su concepción de la naturaleza participativa de la mente.

¿Qué tiene de nuevo esta nueva filosofía? En el capítulo segundo de *La mente participativa*, Skolimowski habla de «tres proyectos occidentales». El primero fue el del pensamiento griego. El segundo nace al principio de la edad moderna y llega hasta nuestros días. Se orienta, nos dice, a «poner el universo en un plato y cortarlo con el cuchillo analítico; para luego manipularlo a nuestro antojo». Es el proyecto de la ciencia y la tecnología modernas, el proyecto que hemos heredado y que hoy nos toca no continuar sino transformar. Porque sus horizontes, incluidos los de las tecnoutopías hoy cada vez más seductoras, no son más que espejismos. Dicha transformación nos lleva a una nueva visión del mundo, un nuevo «proyecto» de la mente occidental, entre cuyas características Skolimowski apunta que es *holístico* («resalta la unidad de todas las cosas, en contraste con la tendencia a

la fragmentación o a la atomización»), *espiritual* (aunque «no recurre necesariamente a una religión institucional») y *ecológico* (puesto que «la ecología proporciona la llave para sanar tanto al planeta como a nosotros mismos»). Pero la visión participativa de la mente, en cuanto que es participativa, no se limita a la mente, sino que abraza la realidad entera. Porque, como escribe Skolimowski, «conocer es constituir el mundo».

Dos de los presupuestos implícitos, mayormente inconscientes y hoy cada vez más cuestionables de la visión del mundo que hemos heredado son los siguientes:

–La realidad es algo objetivo que existe por sí mismo ahí fuera, independientemente de la relación que tenga con nosotros.

–La mente humana es individual y está aislada de las otras mentes, con las que sólo puede comunicarse de manera indirecta.

Ambos presupuestos (el mundo objetivo preexistente y el aislamiento de las mentes) se desmoronan ante la idea de una mente participativa. En la visión que hemos heredado, somos meros espectadores de un mundo de objetos; en la visión participativa, somos coautores y cocreadores de un universo de relaciones. Dicha visión participativa tiene ya un precedente en los estudios de Goethe acerca de la naturaleza (Goethe, recordémoslo, fundó la morfología, descubrió el hueso intermaxilar humano y valoró sus investigaciones en las ciencias naturales por encima de su obra literaria). Una de las recomendaciones del genio alemán era atender exactamente a lo que se presenta en nuestra experiencia, sin postular, como hace el racionalismo, un supuesto mundo preexistente de abstracciones. Lo formulaba así: «No busquéis nada detrás de los fenómenos: ellos mismos son la teoría». La

experiencia es siempre participativa, como lo es la vida, como lo es la mente. Cuando la experiencia directa queda deslegitimada por abstracciones, incluidas las abstracciones de la racionalidad científica, la vida se empobrece (queda reducida a lo mecánico), el conocimiento se fossiliza (lo cualitativo queda reducido a lo cuantitativo) y entramos en una senda que acaba llevando al nihilismo. Lo vio el propio Nietzsche cuando concluyó de forma lapidaria: «La creencia en las categorías de la razón es la causa del nihilismo». Pero no se trata sólo de poetas y filósofos. La propia evolución de la ciencia contemporánea apunta hacia un cosmos participativo.

Skolimowski es consciente de que las implicaciones filosóficas de la física cuántica, cuando sean asumidas con coherencia (porque ahora mismo la mayoría de físicos se esfuerzan en interpretarlas en términos precuánticos), nos obligarán a darnos cuenta de que «la evidencia objetiva como tal no existe» («puesto que en cada porción de evidencia “objetiva” hay algo de nuestra psique») y de que participamos («y no únicamente en el sentido físico») en un cosmos en el que todo está interconectado.

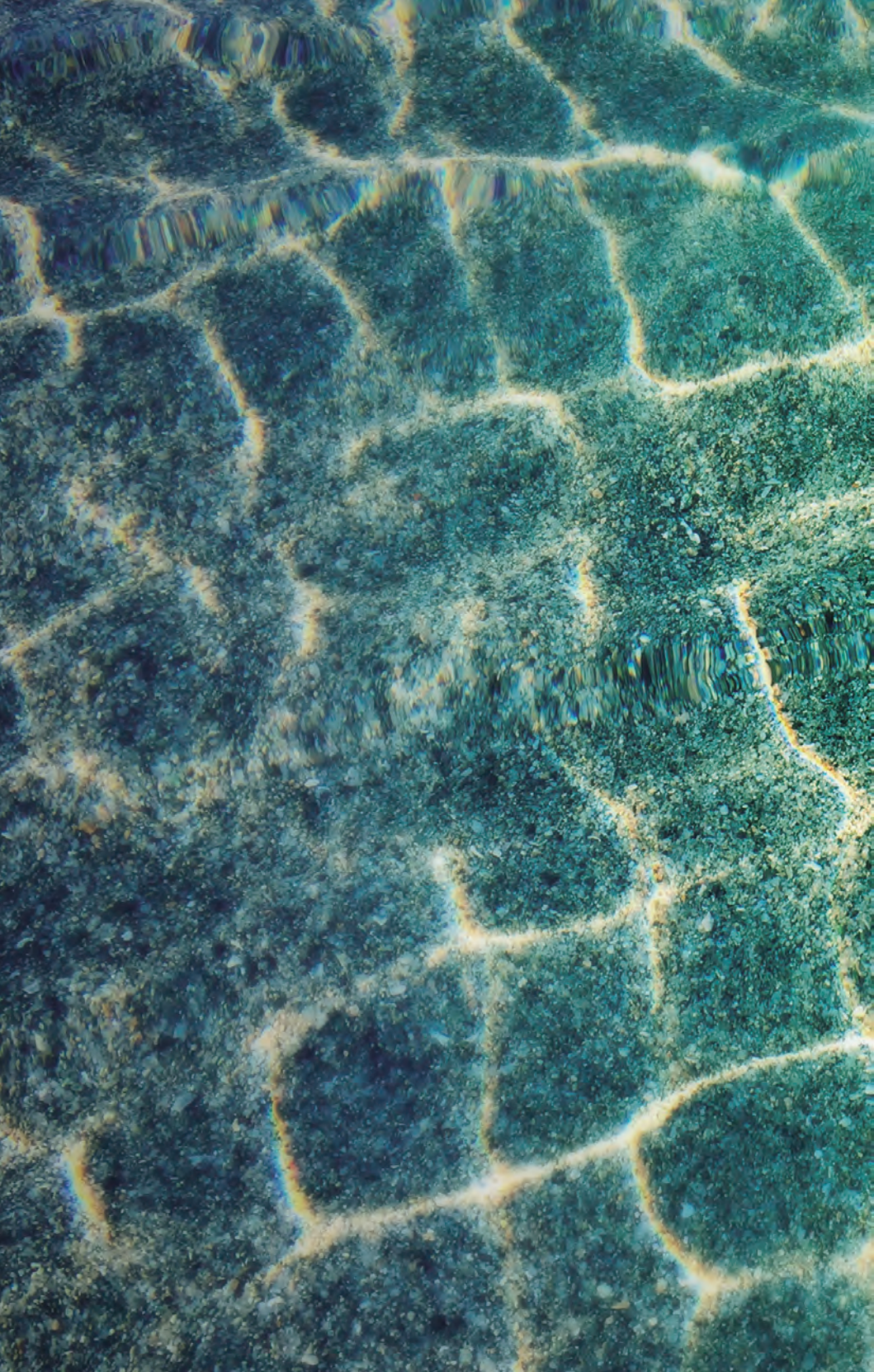
Uno de los pocos grandes físicos de la segunda mitad del siglo XX que sí se atrevió a asumir las implicaciones de la realidad cuántica es John Wheeler (que dio nombre a los llamados «agujeros negros»). Wheeler reafirmaba lo que ya había atestado Niels Bohr: «No hay fenómeno que sea fenómeno si no es un fenómeno observado». O sea, que lo observado sólo es concebible en su entrelazamiento concreto con un observador. Por tanto, la mente no es pasiva, sino participativa. Ello nos lleva, como ha visto Skolimowski, hacia una realidad en la que nada existe sin nuestra participación; en la que el mundo no es una suma de objetos, sino una red de relaciones; en

la que no hay una estructura última y absoluta debajo o detrás de la realidad que experimentamos; en la que las decisiones y expectativas del observador condicionan lo observado («la respuesta depende de la pregunta», concluye Wheeler). La realidad no está ahí fuera, como algo independiente y preexistente, sino que nace en diálogo con nosotros.

En un texto de los últimos años, *Let There Be Light: The Mysterious Journey of Cosmic Creativity* (2010), Skolimowski escribe que «la filosofía está destinada a reintegrar la vida en un contexto cósmico más amplio». Y aclara que su propósito no es el de forjar un nuevo sistema filosófico, sino «crear un sistema de pensamiento que sea tan vibrante que infunda una nueva energía» e inspire nuevos sueños, aspiraciones y anhelos. La realidad participativa deja atrás lo que Skolimowski denuncia como «la aburrida visión materialista», para abrirnos hacia un mundo posmaterialista, mucho más vivo y lleno de sentido, que no despierta ya una actitud controladora, sino reverencial.

La mente participativa también se manifiesta en la lectura, porque las palabras impresas cobran vida nueva y única en cada nuevo lector, cuya mente se transforma cuando entra en contacto con ellas.

Jordi Pigem





Memoria mundi

¿Qué papel juega la mente en la construcción de la realidad? ¿Existe una verdad absoluta y verificable, o bien, como apuntó Kant y la física cuántica parece constatar, las verdades dependen de las percepciones, la sensibilidad y las facultades cognitivas de la mente humana? La tesis principal de Henryk Skolimowski, profesor emérito de la Universidad de Michigan y experto en ecofilosofía y epistemología evolutiva, es que el mundo no es únicamente una suma de objetos inertes y materia objetiva, sino una red sutil de relaciones complejas y participativas en la que nosotros, espectadores y actores, jugamos un papel crucial. Nuestra mente no es pasiva. Reconocer esta condición creativa, así como la dimensión holística y espiritual del cosmos, es el fundamento del modelo evolutivo y transformativo que plantea este libro, y que pensadores como Heráclito, Bateson, William James o Bergson ya habían esbozado con anterioridad.

A partir de un lúcido y elocuente análisis histórico de nuestras sucesivas concepciones de la realidad, incluida la de la propia ciencia moderna, Skolimowski postula un nuevo paradigma que busca dar respuesta a la crisis de valores que asola la civilización occidental en el siglo XXI. Su idea de un universo participativo recupera aspectos esenciales del conocimiento como la empatía y la aceptación del misterio del cosmos, inherente al orden natural de las cosas, al tiempo que ofrece una vía de salida al nihilismo contemporáneo y reclama la esperanza como elemento irrenunciable de la condición humana, no sólo como parte de nuestra estructura ontológica sino de la cultura mental que nos sostiene cada día.

Henryk Skolimowski (Varsovia, 1930) estudió lógica y musicología en la Universidad de Varsovia y se doctoró en filosofía en Oxford. Más tarde se trasladó a la Southern University de Los Ángeles y a la Universidad Ann Arbor de Michigan, donde ha permanecido muchos años como docente. Hoy en día es considerado la figura más relevante de la *ecosofía* y una de las personalidades más rigurosas que abogan por un cambio de paradigma.

